

November 2003

Número 44: Domingo 2 de Noviembre de 2003-Domingo 30 de Noviembre de 2003

Follow this and additional works at: <http://digitalcommons.luthersem.edu/eeh>



Part of the [Christianity Commons](#), and the [Practical Theology Commons](#)

Recommended Citation

(2003) "Número 44: Domingo 2 de Noviembre de 2003-Domingo 30 de Noviembre de 2003," *Estudios Exégeticos Homiléticos*: Vol. 2003 : No. 44 , Article 1.

Available at: <http://digitalcommons.luthersem.edu/eeh/vol2003/iss44/1>

This Article is brought to you for free and open access by Digital Commons @ Luther Seminary. It has been accepted for inclusion in Estudios Exégeticos Homiléticos by an authorized editor of Digital Commons @ Luther Seminary. For more information, please contact akeck001@luthersem.edu.

ESTUDIO EXEGÉTICO–HOMILÉTICO 044 – Noviembre 2003**Instituto Universitario ISEDET****Autorización Provisoria Decreto PEN N° 1340/2001**

Es un servicio elaborado y distribuido por el Instituto Universitario ISEDET

Buenos Aires, Argentina*Este material puede citarse mencionando su origen**Responsable para el mes de Noviembre de 2003: Néstor O. Míguez***Introducción general a los textos del mes**

Desde Septiembre venimos siguiendo el Evangelio de Marcos. La lectura se prolonga hasta el tercer domingo de este mes. Luego el leccionario culmina el actual ciclo con textos relacionados con la festividad católico-romana de Cristo Rey, y en el último domingo del mes ya comienza el nuevo ciclo, al ser el primer domingo de Adviento. Para completar esta *lectio continua* mantendremos, durante estos primeros tres primeros domingos, el comentario en torno del Evangelio de Marcos. Por lo tanto, pueden aprovecharse las introducciones y comentarios generales presentados en los meses anteriores.

Sin embargo, tomando en cuenta el relato que nos hace Marcos, es necesario destacar el cambio de escenario. En este nuevo momento del Evangelio ya se ha producido la entrada triunfal de Jesús en Jerusalén. Esos relatos no están incluidos en la lección continua del leccionario porque se ven en el llamado “Domingo de Ramos”. Lo que examinaremos en los primeros tres domingos de Noviembre, desde el punto de vista de lo que nos relata el Evangelio, adquiere otro sentido porque se produce en lo que podríamos llamar “territorio hostil”. Jesús se encuentra, por un lado, rodeado del pueblo y los peregrinos que lo aclaman, pero por el otro lado en el centro del poder dominante del judaísmo de su tiempo. Han llegado gentes de los pueblos cercanos y de la diáspora griega, por la cercanía de la fiesta de la Pascua. Pero en Jerusalén están el Templo, los sacerdotes, el sistema cultural corrupto que acaba de denunciar volcando las mesas de los mercaderes a la entrada del Templo y dispersando los animales para el sacrificio. También está allí el núcleo fuerte del partido fariseo, los intérpretes de la ley, los controladores de la pureza ritual, los sectores intelectuales que desprecian al pueblo sencillo del cual surge Jesús. Todo esto hay que tener en cuenta al estudiar los pasajes que completan esta lectura del Evangelio de Marcos.

Domingo 2 de Noviembre de 2003Salmo 119:1-8; Deuteronomio 6:1-9, Hebreos 9:11-14, *Marcos 12:28-34***Estudio Exegético**

El texto señalado para este domingo destaca, en su introducción, el ambiente de discusiones en que se da la pregunta. Marcos se diferencia, sin embargo, de los posibles paralelos en Mateo 22:34-40 y en Lucas 10:25-28 (este último en un contexto muy diferente), porque no ve mala intención en la pregunta del escriba. Por el contrario, el texto culmina con un reconocimiento de la cercanía entre este escriba y el Reino de Dios. En este ambiente hostil, Jesús muestra que es posible encontrar acuerdos y que su lucha no es fundamentalmente con el judaísmo en tanto

doctrina religiosa, de la cual él mismo es un hijo, sino del sistema cultural, de la rigidez legalista, de la explotación del poder que hacen los sacerdotes. Pero vamos por partes.

La pregunta “¿Cuál es el primer mandamiento?”, es una pregunta insólita en un escriba de Jerusalén. Refleja más una inquietud del judaísmo de la diáspora que algo propio del ambiente dominado por el fariseísmo. Confrontados con el mundo gentil, los judíos de la diáspora buscaban poder presentar una versión “resumida” del judaísmo. En cambio, el Rabí Shammai, del judaísmo de Jerusalén, encuentra la misma pregunta impertinente, porque supondría que hay leyes de menor jerarquía. Para él toda la ley debe ser cumplida (este argumento de la unidad de toda la ley también va a aparecer en otros textos del Nuevo Testamento, con distinto sentido, cf. St 2:10; Gal 5:3). De manera que la pregunta ya está marcando una diferencia con el ambiente dominante de Jerusalén.

La respuesta de Jesús remite al llamado *Shema* de Dt 6:4-5. Esto conformaba la “catequesis básica” del pueblo de Israel, y destacaba la unicidad de Dios. Era parte de la lucha monoteísta que Israel mantenía frente a los pueblos del entorno y también frente a ciertas tendencias internas del propio Israel, como demuestra la historia de los reyes y la pasión de los profetas como Elías. Jesús reafirma este sentido de la unicidad de Dios, aunque destacará, en su manera de relacionarse con Dios, no tanto su unicidad como su cercanía, a llamarlo “Padre”. Al tomar esta cita como base de su respuesta, por un lado, se está identificando con la tradición de su pueblo. Por otro lado, sin embargo, se está distanciando del fariseísmo que se negaba a diferenciar la identidad de la fe por un lado y por el otro las leyes éticas y aún con las rituales. El amor a Dios (y no la adoración, como luego aparecerá en algunas versiones) es lo que aparece como un mandato. No son los mandamientos, es decir, el detalle de las conductas y rituales particulares a seguir, lo que interesa. Lo fundamental es que el ser humano pone en juego todo lo que Dios mismo le dio en su respuesta de amor a esa acción liberadora de Dios (recordemos que esta enseñanza forma parte de la historia del éxodo, de lo que Dios ha hecho al escuchar el grito de su pueblo oprimido).

Sin embargo, la cita no aparece en forma textual. El Deuteronomio dice que ese amor debe expresar “todo el corazón, toda la vida y toda la fuerza”. Así también se traduce en la versión griega llamada *Septuaginta* (aunque allí hay otros cambios). Marcos, en cambio, no toma la Septuaginta, sino que modifica el último punto. En lugar de “fuerza” (*dýnamis*) incluye dos términos: mente (*dianoia*, que también puede traducirse por inteligencia, comprensión, actitud, intención); y poder (*isjýs*). Nuevamente refleja una mentalidad influenciada por el helenismo, que destaca la función de la inteligencia. El amor a Dios es un amor inteligente, que hace uso de la racionalidad humana, frente a una tendencia más emotiva que destaca el texto hebreo. La incorporación de otras culturas en el mensaje bíblico amplía el horizonte e incluye otras dimensiones.

El texto griego da pie a traducir la frase siguiente (v. 31): “Este es el segundo”, o si no también: “El segundo es el mismo”. El paralelo en Mt 22:39 dice: “El segundo es igual a éste”, haciendo más explícita la vinculación entre ambos. Siendo que la pregunta del escriba es por *un* mandamiento, incluir el segundo ya está indicando la identidad de ambos, por lo cual me inclino a interpretar en el segundo sentido: el amor a Dios y el amor al prójimo son dos caras de un mismo mandato. El uno no puede existir sin el otro.

El mandato de amor al prójimo tiene también un desarrollo. Así como se explica que el amor a Dios debe abarcar todo lo humano, corazón, vida, inteligencia, fuerza, así también se indica que el amor al prójimo debe ser como el amor a sí mismo. Esto se toma del texto de Lev

19:18: “No te vengarás ni guardarás rencor a los hijos de tu pueblo, sino amarás a tu prójimo como a ti mismo. Yo, YHWH”. Al separar la segunda parte de la primera y citar sólo la segunda, Jesús amplía el significado del prójimo. Ya no es sólo alguien del propio pueblo, sino que se universaliza. Esto se hace explícito en el paralelo de Lucas, ya que de esta manera se introduce la parábola de “El buen samaritano”.

El “como a ti mismo” ha sido objeto de muchas interpretaciones, según distintas tendencias filosóficas, antropológicas y psicológicas. Sin pretender entrar en una discusión detallada, me aventuro a proponer una línea de interpretación (que no necesariamente descarta otras; puede ser complementaria). Entiendo que el “a ti mismo” tiene por objeto indicar la relación inclusiva que se establece. Todo acto de amor al prójimo no sólo afecta al prójimo sino que me afecta a mí. Me incluye en una nueva relación, me modifica. Amar a alguien no sólo modifica mi “afuera”, no sólo hace algo exterior a mí (en mi prójimo), sino que me afecta también en mi “adentro”. Al amar a mi prójimo, yo soy tocado por ese amor, porque me vincula de una forma distinta con el otro. El amor no anula la diferencia entre mi prójimo y yo, pero nos incluye en una nueva manera de entendernos, tanto uno como el otro. “Como a ti mismo” no es un término de comparación, sino una invitación a la inclusión. Por eso en el Levítico está vinculado con “los hijos de tu pueblo”, es un mandamiento comunitario. Justamente supera la idea individualista del amor al prójimo como una cuestión entre dos personas solamente. La repercusión que esto puede tener al exceder el marco del propio pueblo e incluir a otros y otras de otros pueblos amplía el horizonte de mi yo pequeño y encerrado, a aún de la estrechez de verlo sólo desde mi lugar social o cultural.

El texto del Levítico le pone “la firma” de YHWH a este mandamiento. Esto profundiza la identidad entre los dos mandatos. Si alguien ama a Dios y pone toda su confianza, integridad y actitud en ello, no podrá menos que buscar cumplir la voluntad de Dios. Y esa voluntad está en amar al prójimo. A la criatura en la cual Dios ha puesto su propia imagen, varón y mujer (Gen 1:27).

El escriba primero confirma la respuesta de Jesús. Con esto se pone un poco por arriba de Jesús en la dinámica del diálogo. Él es quien se adjudica la autoridad de decir si la respuesta de Jesús es correcta o incorrecta. Lo cual supone que él tiene poder de discernir la verdad. Para la sociedad de su tiempo, basada en el prestigio y el honor, eso era importante. Veremos que al final la situación se invierte y va a ser Jesús quien aprueba la nueva intervención del escriba, y lo hace con tal autoridad que ya nadie se atreve a cuestionarlo, según dice Marcos (v. 34).

Como señal de aprobación, el escriba repite la respuesta de Jesús, aunque hay alguna modificación mínima (Reina-Valera sigue la respuesta de Jesús cambiando el orden, pero en ello sigue a manuscritos defectuosos. El texto probable es “todo tu corazón, toda tu inteligencia, toda tu fuerza”, saltando “tu vida”, *psyjê*). Pero más significativo que esos retoques de orden es lo que agrega por sí mismo: “esto es muchísimo mayor (está en grado superlativo en griego) que todos los holocaustos y sacrificios”. ¡Y esto está dicho frente al Templo donde se hacían los holocaustos y se ofrecían los sacrificios! ¡Los saduceos estaban escuchando! (Mc 12:18ss). Este escriba se ha distanciado de los fariseos al distinguir grados dentro de la ley, y de los saduceos al poner el amor a Dios y al prójimo por encima del sistema sacrificial del Templo. Se ha integrado a la línea profética.

Ahora es Jesús quien aprueba la respuesta y lo hace indicando la cercanía entre este escriba y el Reino de Dios, o sea, de Jesús mismo. La significación de esto no es menor. Porque en otras expresiones del judaísmo de la época (Filón de Alejandría, o el Rabí Hillel, por ejemplo)

encontramos respuestas similares. Demuestra que Jesús no se confronta con el judaísmo sino con cierto judaísmo, sacrificial o legalista. Pero en cuanto al contenido de su mensaje no está tan lejos de quien puede distinguir, dentro de la propia tradición judía, el núcleo de la voluntad divina. El sentido profundo del testimonio del Antiguo Testamento es que es necesario amar a Dios, más que adorarlo, y que en ese amor, que a su vez responde al amor liberador de Dios, se expresa la totalidad de la vida humana. Y que desde el amor a Dios se construye una comunidad con mi prójimo. Y que todo lo demás queda supeditado a esa relación.

Sugerencias homiléticas

En términos de las líneas homiléticas que podrían derivarse de este análisis me permito sugerir algunos puntos que sería posible desarrollar, según el contexto comunitario:

- ***La integridad humana en el compromiso de amor con nuestro Dios.*** No hay una dimensión espiritual que se relaciona con Dios, o un Dios que apela a nuestra dimensión emotiva solamente, o una “inteligencia de lo divino” que después prescindiera de nuestra voluntad o emociones. El amor a Dios, que es más que la adoración o el reconocimiento formal de su existencia, nos incluye en nuestra totalidad humana. Los rituales y el culto están vacíos si no se acompañan de una entrega a Dios que se manifiesta en la forma en que nos relacionamos con el prójimo, creyente o no, de la misma comunidad o no. El amor a Dios incluye toda las dimensiones humanas, sea las dimensiones de cada uno (corazón, vida, inteligencia, fuerzas), como las dimensiones sociales: el amor a mi prójimo, sea de mi pueblo o de otro. Y por tratarse de un amor misericordioso y liberador, como el amor de Dios que se expresa en el Éxodo, de un Dios que escucha el clamor del oprimido y actúa para liberarlo, será especialmente sensible al prójimo débil, oprimido, sufriente.
- ***El valor de las distintas tradiciones y la necesidad de renovarlas.*** Otro enfoque posible tiene que ver con lo que Jesús hace más que con lo que dice. Jesús se refiere a la historia, tradiciones, escrituras de su pueblo para buscar allí la respuesta a la pregunta del escriba. No pretende inventar todo de nuevo. Valora lo que recibió de los suyos y hace uso de ello. Pero a la vez elige. No pone todo al mismo nivel. Reconoce que hay expresiones de la tradición (aún de la tradición bíblica) que muestran el núcleo de la experiencia de fe, y otras que tienen un valor secundario. En el diálogo siguiente el escriba hace la misma operación. Reconoce la respuesta de Jesús, y la reinterpreta también él, destacando que ese doble mandato es superior a las tradiciones culturales o legales en las cuales ponían el acento otros, más conservadores. De esa manera llegan a distinguir aquello en la propia historia y tradición que los acerca al reino de Dios, y a dejar de lado lo demás.

¿Nos atrevemos nosotros a tanto? ¿Qué cosas reconocemos y rescatamos de la herencia que hemos recibido de nuestro pueblo, que tienen valor para expresar la voluntad de Dios, y qué cosas son secundarias? ¿Hay en nuestra historia y cultura popular o nacional, como lo hay en la tradición del pueblo de Jesús, experiencias, tradiciones, relatos, que nos ayudan a acercarnos al reino de Dios? ¿Cuáles son? ¿Y cuáles son, por el contrario, aquellos “sacrificios y holocaustos” que ocultan el verdadero sentido del amor a Dios y al prójimo, que se han transformado en instrumentos de poder opresor? Lo mismo puede decirse de nuestra tradición denominacional, de nuestra pertenencia confesional. ¿Qué testimonios, experiencias, relatos, nos hablan del amor a Dios y al prójimo, que debemos conservar y difundir? Pero también, ¿qué costumbres, ritos, tradiciones resultan secundarias, prescindibles, o incluso se ponen como barrera para llegar a otros con el mensaje de amor?

- ***Amar a Dios y amar al prójimo, ¿siguen siendo mandatos válidos?*** Cualquier creyente se asombrará siquiera que levantemos la pregunta. Pero en el mundo de hoy este “evangelio” resulta insostenible... Jesús vivía en una sociedad en donde el reconocimiento de Dios no era tan problemático. El problema no era que la gente creyera en Dios sino en los muchos dioses en que creían... Y además que ese amor a Dios no necesariamente era relacionado con el amor al prójimo. Pero el mundo, especialmente en la cultura occidental, fue cambiando. Ya son muchos los que no creen en Dios, o lo hacen sólo de boca para afuera. Creen, pero no lo aman. Con todo, en una época reciente, aunque el amor a Dios y la fe en su presencia menguara, se afirmaba la necesidad de amar al prójimo. Los lemas de mayor justicia social, equidad, fraternidad se sostenían aún fuera de la fe cristiana.

Pero ahora el mandato de amor al prójimo también parece haber perdido fuerza. Nos hacen creer que no es el amor universal sino la competencia universal lo que resolverá los problemas de nuestra humanidad. No el amor a Dios ni el amor al prójimo, sino el amor al dinero y la competencia del libre mercado ocupan el lugar de los principales mandamientos. Una canción de Rock de un autor argentino nos recuerda “No se puede vivir del amor. Un soldado romano le dijo a Dios, no se puede vivir del amor”. Esto parece expresar mejor que la respuesta de Jesús al escriba el sentido común que hoy domina al mundo.

Es que, finalmente, cuando se pierde el sentido del amor divino, y se desconoce al “que nos amó primero” también se desconoce al prójimo que lleva su imagen (1 Jn 4:10-11). ¿Cómo anunciamos en este mundo descreído que hay un Dios de amor que nos ama y libera, para que a su vez respondamos amándole con todo nuestro ser, y extendiendo ese amor en la comunidad humana? Ese es el testimonio al que hoy somos invitados por este relato.

ESTUDIO EXEGÉTICO–HOMILÉTICO 044 – Noviembre 2003

Instituto Universitario ISEDET

Autorización Provisoria Decreto PEN N° 1340/2001

Es un servicio elaborado y distribuido por el Instituto Universitario ISEDET

Buenos Aires, Argentina

Este material puede citarse mencionando su origen

Responsable para el mes de Noviembre de 2003: Néstor O. Míguez

Domingo 9 de Noviembre de 2003

Salmo 146; 1 Reyes 17:8-16; Hebreos 9:24-28; **Marcos 12:38-44**

Elementos introductorios

El texto que hoy señala el leccionario, especialmente el relato de la llamada “Ofrenda de la viuda”, ha sido muy conocido, hasta transformarse casi en un refrán. Prácticamente toda referencia a la generosidad esperada de los fieles a la Iglesia la levanta como ejemplo. Por cierto que la llamada “teología de la prosperidad” ha hecho uso, mal uso y abuso de este texto. Tanto se ha dicho y predicado sobre esta pobre viuda, o viuda pobre, que lo que hay en nuestras cabezas al leerlo está teñido por toda una historia de la interpretación que hace que leamos más de lo que el mismo texto dice. Por lo tanto, al estudiar este texto tenemos que fijarnos tanto en lo que dice como en lo que no dice, pero que se ha ido agregando inconscientemente a través de su lectura.

En cuanto a lo que el relato nos brinda no debemos olvidar el contexto social, que le da mayor significación. Estamos frente al Templo de Jerusalén en tiempo de la Pascua. Esto quiere decir que la ciudad está atestada de peregrinos, algunos ricos venidos de lejos, de la diáspora, otros más humildes de los pueblos y aldeas de Israel. Se supone que en esa época llegaban a Jerusalén, según algunos testimonios, casi diez peregrinos por cada habitante. Acampaban en los alrededores; los más pudientes ocupaban las posadas de la zona. Era el momento oportuno para traer ofrendas y diezmos, y el Templo era el encargado de recolectarlos. En ese clima de bullicio, aglomeración y inusitada actividad ocurre el episodio que analizaremos.

Estudio Exegético

El texto suele ser dividido en dos partes, separando el dicho de Jesús ante la presunción de los escribas (Mc 12:38-40) del párrafo siguiente, la ofrenda de la viuda (vv. 41-44). Sin embargo, creo que hay que leerlos conjuntamente, y no sólo estos versículos, sino también junto con los siguientes, Mc 13:1-2. Porque todos tienen algo en común, como veremos, que es el sistema económico en torno de la clase dirigente de Jerusalén y la institución del Templo.

Aunque Jesús acaba de tener una conversación productiva con un escriba, quizás proveniente de la diáspora (ver estudio anterior) ahora lanza una advertencia generalizada frente a ellos. Probablemente aquí haya que pensar en los escribas de Jerusalén, principalmente, o en los que abusaban de su autoridad en sus visitas a los pueblos y aldeas rurales. La acusación de que gustan hacerse ver y figurar en los primeros lugares en reuniones y cenas (probablemente

festividades) no tiene porque llamar la atención. Si bien en nuestra sociedad que valora una (muchas veces fingida) humildad esta búsqueda de figuración puede resultar chocante, era absolutamente normal para una sociedad basada en el prestigio y el honor, como era toda la cultura mediterránea. La figuración era imprescindible, y estaba asociada con la riqueza y el poder.

Estos escribas participan de esa competencia por el poder, por el prestigio. Era lo que se esperaba de ellos. Todo el orden social en el Imperio romano expresaba esta idea (ver 1 Co 1:25-29). Si bien la crítica de Jesús apunta a los escribas, es un tiro por elevación a todo el sistema de honores y poder. Estos escribas (que eran parte de la muy pequeña “clase media” de la época), por su ambición de “trepar” en la escala social no dudan en integrarse a un sistema de valores que contradice el sentido de disposición al servicio y humildad que predicaron los profetas de su pueblo.

Pero no es sólo la jactancia y figuración lo que Jesús señala. Es que en esa ambición por acomodarse socialmente al modo del Imperio usan sus artes y ciencia para enriquecerse y confiscar los bienes de los pobres, especialmente de las viudas. Siendo que las mujeres no tenían derechos hereditarios, no era difícil para un escriba avezado enredar los asuntos en el caso de mujeres sin protección, como eran las viudas, para alzarse con sus bienes. ¡Vaya a saber uno si la viuda de la ofrenda no había sido víctima de una de esas trampas! Por eso no hay que separar demasiado estos pasajes. Para peor lo hacen en medio de un discurso piadoso, con oraciones largas. Cualquier semejanza con la realidad actual no es casualidad.

El párrafo siguiente es el que ha recibido más atención. Suelen predicar más acerca de él pastores y sacerdotes que reciben las ofrendas, antes que las viudas que las dan... y eso se nota en como ha sido usado.

Muchos pasan a dejar sus ofrendas. Es probable que hubiera un sacerdote llevando la contabilidad, ya que parte de esas ofrendas debían ser asentadas como diezmos. Por otro lado, peregrinos de la diáspora traían ofrendas reunidas en sus comunidades y necesitan los recibos correspondientes. Eso explica por qué los montos de las ofrendas eran conocidos. Jesús está mirando este procedimiento. Si atendemos lo que acaba de decir, se puede suponer que el humor y valoración de este acto por parte de Jesús no ha de ser muy positivo. También observa la ofrenda que entrega la viuda. El hecho de que las ofrendas eran contabilizadas queda evidente en que la suma es conocida por todos, incluso por un observador distante como es Jesús.

Las palabras de Jesús establecen un hecho. La diferencia con la evaluación de los restantes observadores es que Jesús aprecia el valor relativo de la ofrenda, mientras para los sacerdotes se considera el monto absoluto. Mientras los demás ofrendan “lo que les sobra”, una parte insignificante de sus posesiones, la viuda entrega el total, lo que le sirve para vivir. No es necesariamente cierto que todos los que ofrendaban ponían “lo que les sobra”. Esto es evidentemente una hipérbole referida a los ricos que son destacados como los que ponen abundantes ofrendas. Para muchos peregrinos pobres el diezmo era una pesada carga, como otros textos de los Evangelios pondrán de manifiesto.

Es notable que en las palabras de Jesús no aparece ningún encomio o alabanza, ni destaca un sentido positivo del acto de la viuda. La tradición y la mayoría de los comentaristas, aun algunos muy serios (por ejemplo, el exhaustivo comentario de Gnllka, muy bueno en otros aspectos) suelen titular este párrafo “alabanza de la viuda generosa” o cosa así. Sin embargo, si uno mira estrictamente lo que dice Jesús, tal encomio no aparece. La carga interpretativa

que se ha puesto en este pasaje hace que leamos allí lo que no está. La frase de Jesús, vale la pena repetirlo, simplemente establece que la viuda puso comparativamente más que los otros. ¿Pero es eso bueno, la hace mejor?

Si miramos el contexto, lejos de encomiar el gesto de la viuda, Jesús la ve como víctima de un sistema de explotación. Acaba de decir que los escribas se quedan con las casas de las viudas; ahora dice que el Templo completa esa injusticia porque se queda aún con su sustento. En realidad, según la ley, las viudas no debían dar las ofrendas sino recibirlas (Deut 14:28-29). Cuando esta mujer pone allí “todo su sustento” el objetivo de las ofrendas queda totalmente trastocado. No son para agradecer la vida renovada, como establece el texto del Deuteronomio (26:1-12, ver especialmente el v. 12) sino que convocan a la muerte. Jesús no dice que esa viuda ahora recibirá mucho, no anuncia su bendición ni su prosperidad. La ve como una condenada a la inanición. La mujer, lejos de ser elogiada por su generosidad es vista como la víctima de un sistema corrupto que contradice aún a la ley que dice representar. Es contrario a la misericordia que privilegia la vida, que es lo que Jesús viene a anunciar.

Para peor, si tomamos en cuenta los versículos siguientes, Jesús nos va a decir que de ese Templo que acaba de recibir esta ofrenda no quedará nada. Son piedras a ser derribadas. La viuda es un ser viviente, una hija de Dios, que lleva su imagen. Sin embargo, su dinero no fue a sostener esa vida que Dios le dio, sino a mantener un sistema de piedras, dispuesto a su destrucción. El historiador judío romano Flavio Josefo, relata los sucesos de la caída del Templo, mediante el cual se cumple este anuncio de Jesús. Allí señala (*Las guerras judías*, 6, 282) que el arca del tesoro, incluyendo el dinero, ropas y alhajas que había allí, se quemó cuando fue incendiado el Templo. ¡Adónde fue a parar la ofrenda de la viuda, todo su sustento, si es que no había sido usada antes para enriquecer a los corruptos sacerdotes!

Jesús no era ingenuo, no elogia esto. La viuda es víctima, crédula o forzada, de un sistema que privilegia la posesión antes que la vida. Ningún elogio. Por el contrario, una crítica a cualquier sistema religioso que vive de las ofrendas de los pobres, una conmiseración de los pobres (la pobre, en este caso) que, por ingenuidad o presión religiosa, terminan dando su vida a explotadores insensibles. No hay ninguna teología de la prosperidad en estos textos, sino, justamente, su crítica más acérrima. Una expresión de la misericordia de un Dios de gracia, no la alabanza al pedido de ofrendas que quitan el sustento a la mujer más pobre.

Sugerencias homiléticas

La verdadera mayordomía cristiana no está en alimentar al sistema eclesial, sino en la preservación de la vida. ¿Nos atrevemos los “clérigos”, que muchas veces vivimos de estas ofrendas, a reconocer esto? Que los ricos sigan poniendo lo que les sobra, pero que los pobres reciban su parte de ello, parece ser el mensaje de Jesús. Hay diferencias entre ricos y pobres en el Evangelio, y este párrafo lo destaca. Unos, los que tienen, deben expresar más cabalmente su generosidad. En los otros, débiles y desprotegidos, hay que cuidar que no pierdan la vida para enriquecer a un sistema de piedras.

Este texto debe ser leído dentro de toda la teología profética y de misericordia de Jesús, para que vuelva a adquirir toda su fuerza evangélica, y no sea domesticado para servir a la institución eclesiástica. Pero en tiempos de Jesús el sistema religioso y el político económico eran indiferenciados. Por eso, más allá del sistema eclesial, este texto también se proyecta como una crítica a todo sistema económico que impone tributos exigentes para los pobres, pero sólo recauda lo que les sobra a los ricos, y no los usa para compensar las desigualdades

sino para alimentar a su propia y corrupta burocracia (y las burocracias privadas suelen ser tan corruptas y ávidas como las estatales).

El Dios que anunciamos, que hemos conocido en Jesús, es un Dios de gracia. No “negocia” con las ofrendas. No nos pide que dejemos de alimentarnos, vestirnos y cuidar nuestra salud para sostener cualquier sistema. Por el contrario, nos invita a compartir para que todos puedan vivir vidas en abundancia. Este texto hay que leerlo en esa clave, en la crítica de todo sistema de honores y prestigio, que devora los bienes de los pobres, que los priva de su sustento. En cambio anuncia un Dios de gracia, que se manifiesta en Jesús, que nos ofrece la vida abundante, porque Dios la ha creado y la sostiene.

ESTUDIO EXEGÉTICO–HOMILÉTICO 044 – Noviembre 2003

Instituto Universitario ISEDET

Autorización Provisoria Decreto PEN N° 1340/2001

Es un servicio elaborado y distribuido por el Instituto Universitario ISEDET

Buenos Aires, Argentina

Este material puede citarse mencionando su origen

Responsable para el mes de Noviembre de 2003: Néstor O. Míguez

Domingo 16 de Noviembre de 2003

Salmo 16; Daniel 12:1-3; Hebreos 10:11-25; **Marcos 13:1-8**

Estudio Exegético

vv. 1-2:

Los primeros versículos, que ya han sido mencionados con la lectura anterior, forman una unidad relativamente independiente del resto. En ellos Jesús expone con total claridad su confrontación con la economía y concepción de vida centrada en el templo. Anuncia la destrucción de sus piedras y edificación. Lo que parece tan sólido ha de caer. El sistema de explotación que acaba de quedarse con el sustento de la pobre viuda no perdurará. Jesús propone y vive una relación sin templo con Dios. Esto merece una cierta explicación, vista la rapidez con que los cristianos hemos vuelto a una práctica de fe en torno del Templo.

- El sistema del Templo se había construido con una teología sacrificial. El centro de la vida del Templo eran los sacrificios. La idea de un sacrificio impone una relación con Dios que involucra muerte, derramamiento de sangre, aunque la violencia fuera aplicada a los animales. Dios exige muerte a cambio de la ofensa que le inflige el ser humano en su pecado. La imagen de Dios que se impone es un Dios que reclama vida a cambio de vida y no el Dios de amor que predica Jesús. Si bien en el Antiguo Testamento aparece esta idea, que hay que sacrificar ofrendas a Dios como señal de arrepentimiento, también en el Antiguo Testamento ya encontramos en los profetas (claramente en Isaías, Amós, Oseas y Jeremías) una primera protesta contra esta idea. Dios no quiere sacrificios sino misericordia y justicia. La ofrenda, como respuesta a la generosidad de Dios, no debe ser sacrificada sino entregada a los necesitados para asegurar su vida. A Dios no se lo encuentra en los altares sino junto a los necesitados. Dios no quiere muerte sino vida.
- Todo sistema de Templo construye a su alrededor un sistema de poder. El lugar elegido para honrar a Dios termina siendo un lugar de corrupción humana que repugna a Dios. El Templo de Jerusalén no era una excepción. Ningún templo lo ha sido en ninguna época. Porque el Templo impone una mediación, un conjunto de hombres (o, en algunas religiones también mujeres), una clase sacerdotal –o pastoral—que administra el Templo. Así se crea un poder vinculado con lo sagrado. “Dispensan bienes de salvación”, decía un sociólogo, y eso crea una forma de poder. Dios no necesita esas mediaciones. Jesús habla con Dios y lo llama directamente Padre, incluso en la forma familiar “Abba”, y nos invita a hacer lo mismo. Su amor, expresado en Cristo, es lo único que necesitamos.
- Esta misma idea la encontramos en el Apocalipsis. En la Jerusalén celestial, la nueva Jerusalén venida de Dios, ya no habrá Templo (Ap 21:22 “En ella no vi templo, porque el

Señor Dios Todopoderoso es su templo, y el Cordero”). Este anuncio de la destrucción del Templo, como veremos, dará pie al discurso apocalíptico de Jesús, que sigue a continuación. Jesús mismo, con su presencia, es el Templo de Dios –cf. Jn 2:19-21.

- En el judaísmo del tiempo de Jesús el pueblo de Israel tenía dos instituciones: el Templo, centrado en Jerusalén, con poder jerárquico, y la sinagoga, la reunión de la gente en pueblos y aldeas. El primero tenía un elaborado ritual sacrificial del que solo podían participar los sacerdotes y que imponía discriminaciones (patio de los gentiles, de las mujeres, de los varones). La sinagoga, al principio, era la reunión de la comunidad para alabar, orar, y leer la palabra. La sinagoga tenía un sistema más simple. Muchas no tenían ni edificio, era la reunión del sábado, guiada por los ancianos locales, donde además se resolvían cuestiones que hacen a la vida en común. Jesús muchas veces pudo participar y enseñar en las sinagogas de Galilea; pero nunca participó de los sacrificios del Templo. La sinagoga también existía para los dispersos fuera de su tierra. Luego de la destrucción del Templo la sinagoga se volvió más ritualizada y jerárquica por imposición de los rabinos, que reemplazaron a la clase sacerdotal en el poder del pueblo judío. Los primeros cristianos de origen judío valoraron la experiencia de la sinagoga y desecharon la imagen del Templo, recordando las palabras de Jesús.

Jesús pronuncia este oráculo que anuncia la destrucción del Templo frente al mismo, delante de la multitud. Debe haber causado gran conmoción en el pueblo y tremendo disgusto en la clase sacerdotal. El Templo efectivamente cayó en el año 70, cuando Jerusalén fue capturada, saqueada y destruida por las tropas romanas bajo las órdenes de Tito, hijo del emperador Vespasiano. El Templo israelita nunca volvió a levantarse. Desgraciadamente luego se reintrodujo en el cristianismo la idea de un templo con ritual sacrificial, sacerdocio jerárquico y construcciones suntuosas. Queda por pensar qué dirá Jesús frente a estos nuevos templos que también viven de ofrendas de pobres viudas...

vv. 3-9:

Aquí ha cambiado el tono del discurso. Ahora Jesús se retira y está frente al Templo pero a una gran distancia, fuera de la ciudad, en el Monte de los Olivos. Desde allí se podía apreciar claramente el Templo y su movimiento. Hasta el día de hoy desde el Monte de los Olivos se puede observar el sitio y los restos del Templo.

Ahora ya no lo rodea la multitud. Se acercan cuatro de los discípulos, los más íntimos, y lo interrogan acerca de lo que acaba de decir... Quieren más precisiones sobre este acontecimiento, cómo, cuándo, la fecha, los anuncios... La respuesta del Maestro es lo que se llama “el pequeño Apocalipsis marcano” (Mc 13, con un paralelo parcial en Mt 24). La lección de hoy trae los versos iniciales de este discurso de Jesús, el más extenso según el Evangelio de Marcos. En realidad, el discurso debe entenderse como una unidad y no es posible tratar estos versos sin tomar en cuenta la totalidad del capítulo.

Jesús les responde y no les responde al mismo tiempo. Les advierte que las señales pueden ser engañosas, que muchos comenzarán a tomar su nombre para hacer anuncios altisonantes, pero que son sólo defraudadores. Les anuncia que vendrán rumores de todo tipo, acciones catastróficas... Pero, concluye, este no es el fin. Aunque las guerras amenacen la vida, las catástrofes naturales y las humanas se desencadenen, aún hay historia a ser recorrida.

La expectativa de que el tiempo final estaba muy cercano era común a diversos grupos dentro del judaísmo. Hoy conocemos ciertos textos de la comunidad de Qumrán (los manuscritos del Mar Muerto) que muestran una expectativa parecida. Pero en el caso de estas “sectas”

apocalípticas había instrucciones detalladas acerca de la batalla final, y cómo participarían sus adeptos. Pero la enseñanza de Jesús se refiere a cómo se ha de dar testimonio y permanecer fiel aunque surjan defraudadores o sufran persecuciones y no a una preparación bélica para una batalla.

Lo que Jesús describe en los versículos leídos del texto no es un “fin del mundo”. Es la vida del mundo bajo el pecado. La mentira en búsqueda de poder y prestigio, la rebeldía de las naciones, la violencia bélica y homicida, el hambre, producto de la injusticia o la naturaleza que desata sus fuerzas. Estas cosas no son el fin; desgraciadamente son la continua expresión de una vida alejada de Dios. En medio de ella los creyentes no son llamados a especular ni a aislarse para protegerse, sino a dar testimonio de su fe salvadora, a ejercer el mandato de amor, a mostrar otro camino. Del juicio y el fin se encargará Dios, no nosotros.

Sugerencias homiléticas

El texto de hoy nos ayuda a hacer una reflexión sobre la relación entre Templo y testimonio. ¿Cuál es el lugar de nuestro testimonio? ¿Debemos centrarnos en el Templo y sus construcciones, adornos, sistema? ¿O estamos, en cambio, enviados a dar testimonio en medio de un mundo convulsionado? El anuncio de este “pequeño apocalipsis” no está allí para darnos terror ante el “fin del mundo”, aunque sí para ayudarnos a pensar que las instituciones humanas, aún aquellas que levantamos para honrar a Dios, son precarias, transitorias. Y cuando se erigen como centros de poder, controladores de la vida, se corrompen y deben caer, para dar lugar a otras expresiones más llanas. Especialmente en lo que hace a nuestra relación con Dios, que no necesita mediadores de sacrificios, aunque sí se goza en la comunidad de hermanos y hermanas que se sostienen mutuamente en medio de las dificultades.

También nos advierte contra quienes se creen los “dueños de Cristo” ¡Cristo está aquí, mi iglesia tiene al verdadero Cristo! ¡Aquí se dan los verdaderos dones de Cristo!, etc. Aparecen las modas teológicas... de la liberación, de la prosperidad, de la espiritualidad, y muchas más. Puede haber, y de hecho hay, elementos de verdad en cada una. Dios nos hace solidarios y libres; Dios no quiere que la gente pase hambre, miseria, desocupación (aunque tampoco que se acumulen bienes en esta tierra mientras sus hermanos y hermanas pasan hambre). Dios se goza en la alabanza de su pueblo, pero más se goza en su fidelidad y justicia. Ninguna teología o confesión, ninguna iglesia particular puede decir “Cristo está aquí” si no reconoce que Cristo está también en otros muchos lugares, llevando adelante su obra redentora, mediante el testimonio de muchos fieles en todo el mundo. Nadie se engañe en esto. Cristo está donde están sus testigos fieles, manteniendo la fe en medio de las violencias humanas y las catástrofes naturales.

Finalmente, no debemos olvidar que predicamos *el Evangelio*, la buena noticia. El anuncio de la destrucción del orden corrupto que hoy vivimos y la voluntad de Dios de recrear la vida no puede ser un anuncio dramático de terror, sino una invitación a la esperanza, a confiar en un Dios que sigue vigilante y atento, que ama al mundo que ha creado y busca salvarlo. Y que nos invita a confiar en ese amor salvador y renovador.

ESTUDIO EXEGÉTICO–HOMILÉTICO 044 – Noviembre 2003**Instituto Universitario ISEDET****Autorización Provisoria Decreto PEN N° 1340/2001**

Es un servicio elaborado y distribuido por el Instituto Universitario ISEDET

Buenos Aires, Argentina*Este material puede citarse mencionando su origen**Responsable para el mes de Noviembre de 2003: Néstor O. Míguez***Domingo 23 de Noviembre de 2003**Salmo 93; Daniel 7:9-14; Apocalipsis 1:4-8; *Juan 18:33-37*

El ciclo de textos del año litúrgico llega a su fin este domingo. La Iglesia Católica Romana ha fijado en su calendario esta fecha para celebrar la festividad de “Cristo Rey”. No es una fiesta tradicional cristiana, sino que es relativamente reciente, ya que fue instalada a principios del Siglo XX. Corresponde, históricamente, al movimiento de la Iglesia de Roma buscando reafirmar su autoridad frente al mundo moderno, afirmando el Reinado de Cristo. Algunos leccionarios lo llaman así para “suavizar” el tono polémico que tuvo la implantación de esta festividad. Si Cristo es Rey y la Iglesia la representante de Cristo, la Iglesia trae la voz del Rey de este mundo, y exige ser reconocida como autoridad.

Por cierto que Cristo es Rey. Pero no olvidemos, y este texto, más allá de otras cosas, nos lo debe hacer recordar: Cristo es Rey en la Cruz. El Cristo que muestra el modo de su reinado lo hace prisionero del enviado del otro Rey del Mundo, el Emperador, que finalmente decidirá sobre su vida. El texto es rico en muchas cosas y tiene validez como texto bíblico más allá de la lectura “intencionada” que supone ponerlo en este lugar en el leccionario.

Estudio Exegético

La exégesis crítica duda de la “historicidad” de este diálogo. Sin duda que Jesús estuvo frente a Pilato para ser condenado, pero ¿quién puede saber qué palabras se cruzaron, cuál fue el tono del mismo? si bien el episodio, desde un punto de vista histórico es conjetural, creo que refleja una expresión válida de las posturas y situaciones que se deben haber vivido. Nosotros lo analizaremos con el supuesto de que el diálogo expresa claramente las distintas concepciones de vida que caracterizan, por un lado, al poder y la cultura imperial, y por el otro lado la nueva fe que nos trae Jesús.

Este diálogo parece parte de una comedia de sordos. En realidad, más que un diálogo, son dos monólogos superpuestos, donde cada uno sigue su propio argumento tomando ocasión del “pie” (en sentido teatral) que le da el otro. Sin embargo, la situación tiene poco de cómico, y sí mucho de dramático. El predicador popular galileo, arrestado por las autoridades del Templo, está frente al representante directo del poderoso Emperador. Se juega su vida. El ambiente es tenso, cargado de presiones políticas cruzadas. Acá nadie es amigo de nadie. Todos y cada uno están esperando que el otro se equivoque para sacar ventaja política. Jesús está en el medio. Él tampoco es “inocente” de este juego. Sabe que le va la vida en ello. Y la va a jugar. Pero a diferencia de los otros no está tratando de sacar ventajas. Él está allí “para dar testimonio de la verdad”, algo que los políticos, de ayer o de hoy, tienen muy poco en cuenta.

El diálogo es parte de una obra más compleja: el texto nos presenta apenas unas líneas. Pilato está molesto. Le han puesto por delante una situación que no tiene mucha salida. Por un lado, su instinto de gobernante y su cinismo (históricamente demostrado a través de otros informes extrabíblicos que nos llegan acerca de su gestión) le hace desconfiar de los principales de los judíos. Lo están usando para sacarse de encima a este predicador molesto para ellos, pero que él todavía no percibió como peligroso. Y a ningún político, y menos representante del César, le gusta que lo usen. Pero por otro lado, por qué meterse en un conflicto entre judíos, del que puede salir mal parado. Por qué defender a un don nadie descartable, un campesino norteño sin tropa propia, un hablador de frases enigmáticas que no cuida su propia vida y se atreve a ponerle incógnitas. Casi por curiosidad vuelve a interrogarlo, en un afán de tomar su tiempo para medir la mejor decisión en la circunstancia. --“¿Eres tú el Rey de los judíos?”

La respuesta de Jesús justamente le señala la trampa en que está el propio Pilato. Él, el poderoso representante del César, ¿habla por sí mismo o por boca de otros? ¿Qué sabe él de lo que está en juego en este asunto? Jesús, sin responder a la pregunta, lo pone en evidencia. El autor del cuarto Evangelio busca cargar las tintas sobre las autoridades de Judea. Lo hace por su teología, que reacciona frente a la persecución que sufre su grupo por parte de la sinagoga rabínica (cf. Jn 9:22). ¡Pero qué triste papel se deja a Pilato! ¡El poderoso y astuto gobernador de este mundo impotente para resolver entre sus subordinados de Jerusalén y un pobre predicador aldeano!

Ante la respuesta de Jesús, Pilato toma el camino de huida: --“Yo no tengo nada que ver. Es tu propia gente. ¿Qué has hecho?”. Nosotros los creyentes, solemos pensar que por sus milagros y señales Jesús debería haber sido fácilmente reconocido. Pero este gobernador, que tenía espías por todos lados, no tiene noticias de él. Los hechos de Jesús son de un sentido y dimensión que preocupan a los dirigentes de Israel, pero no han llamado la atención de Pilato. Sin embargo, Caifás acaba de decir que es preferible que muera un hombre y no toda la nación (Jn 11:49-50).

Jesús es quien retoma el tema del Reino: --“Mi reino no es *desde* este mundo”, habría que traducir la expresión de Jesús. Esta frase ha dado lugar a mucho equívoco. Se ha interpretado en el sentido de un ultramundano cristiano. El Reino de Jesús es de otro mundo (espiritual, celestial) frente a los reinos políticos que son de este mundo. Todos sabemos las derivaciones que se sacaron de esta interpretación. Pero la expresión de Jesús, y especialmente si consideramos las palabras que siguen, apuntan en otra dirección, y contienen una no tan velada crítica al poder imperial que representa Pilato.

El poder romano se construyó con legiones de soldados. Así se toma el poder en el mundo dominado por la mentalidad imperial. La verdad la establece el que manda, y si no te gusta, te crucifica. Literalmente. Si alguien quiere ser Rey, que se arme un ejército, que presente combate, que demuestre que su violencia es mayor que la de Roma e imponga sus leyes. Así había llegado a ser Rey Herodes, con el apoyo de las legiones romanas. Así ejercía su poder Pilato, rodeado de soldados enviados por el Emperador Tiberio. ¿Alguien se atreve? ¿Es que hay otra verdad? ¿Es que hay otra ley?

Jesús le propone otro camino. Si hubiera querido ser Rey al modo que entiende Pilato, hubiera pedido a sus seguidores que pelearan por él. Pilato sabía de esto. Regularmente surgían entre los grupos judíos disidentes quienes, formando sus bandas y creyéndose ungidos, se proclamaban reyes e intentaban desafiar al poder romano. Terminaban crucificados, por cientos, a la vera de los caminos. Pero éste no tiene bandas que le sigan ¿qué clase de rey

puede ser?. Se lo llevaron solo. Y solo le responde. Mi reino no es “desde este mundo”, es decir, al modo que Uds. construyeron el suyo. No se esgrimen espadas, ni se arman legiones y maquinarias de guerra para conquistar al mundo. La vez que la gente quiso hacer Rey a Jesús fue por que había alimentado a la multitud (Jn 6:1-15). Jesús, al enterarse, se alejó solo, y solo está ahora frente a este Pilato que le pregunta si es Rey.

Vuelve a preguntarle. ¿Hay algo que yo desconozca que te hace rey? Lo que Pilato desconoce es que este pobre galileo, semidesnudo y solitario, acusado por los jefes de su propio pueblo, es testigo de algo que él desconoce, una voz que nunca podrá oír: la verdad. “Si escuchan mis palabras, serán mis discípulos; conocerán la verdad, y la verdad los hará libres”. Verdad, libertad... demasiado para Pilato, demasiado para un Imperio. Quien piensa en el poder nunca podrá tener a Cristo como Rey... (Valga para los que piensan que la fiesta de Cristo Rey es un reclamo para legitimar poder...).

Sugerencias homiléticas

Hasta el día de hoy los imperios (aun aquellos que se han presentado como defensores del cristianismo) actúan con la misma mentalidad de Pilato. Si las leyes no les gustan, simplemente las desobedecen o las cambias a antojo. Si alguien no se somete, les mandan las tropas. O los misiles inteligentes, que apuntan a un cuartel y le dan a un hospital. ¡Eso demuestra qué es ser “inteligente” para un imperio! Si matan a inocentes, es “daño colateral”. Construyen desde la violencia y lo llaman “civilización”. Censuran, callan y condenan a los disidentes y lo llaman libertad. Nada es lo que dicen que es, simplemente porque no pueden saber qué es la verdad, no han escuchado a aquél que vino para ser testigo de la verdad.

Pero el reinado de Cristo no se construye desde el poder que discrimina y oculta. No es el modo “de este mundo”. Sabe que la verdad es algo más profundo que “un acuerdo entre realidad y palabra”, es la posibilidad de mostrar el propósito vital del Dios que nos ha creado dignos y plenos. Y si el ser humano se ha caído de esa gracia inicial, no se lo restituirá amenazándolo con esquemas militares, sean materiales o espirituales. No se impone con el temor, el terror y las trampas arteras. Se lo conquista con el amor, con la entrega, con el respeto por la dignidad de todos, todas, cada uno, cada una. Ese es el Reino de Cristo.

El Reino de Dios se anuncia, se anticipa, se vive en este mundo, pero de otra manera. Alimentando al que tiene hambre, sosteniendo al débil, brindando sanidad en cuerpo y alma, anunciando la verdad que libera. Así fue como Jesús vivió su realeza, anunció el Reino del Padre. En lugar de esperar que Jesús sea Rey al modo opresivo de los imperios, los cristianos debemos orar para que los que gobiernan aprendan de Jesús qué es ser Rey. Y lo mismo debemos decir de todas las relaciones humanas donde interviene el poder. Y donde se pone en juego la verdad de la vida, que es el don de Dios.

ESTUDIO EXEGÉTICO–HOMILÉTICO 044 – Noviembre 2003

Instituto Universitario ISEDET

Autorización Provisoria Decreto PEN N° 1340/2001

Es un servicio elaborado y distribuido por el Instituto Universitario ISEDET

Buenos Aires, Argentina

Este material puede citarse mencionando su origen

Responsable para el mes de Noviembre de 2003: Néstor O. Míguez

Domingo 30 de Noviembre de 2003 (*Primer domingo de Adviento - Comienza el ciclo "C"*)

Salmo 25:1-9; Jeremías 33:14-16; **1^o Tesalonicenses 3:9-13**; Lucas 21:25-36 ó 19:28-40

Como queda dicho, en este domingo comienza el tiempo de Adviento. Prenderemos la primera vela de la corona navideña, si es costumbre en nuestra congregación. En el hemisferio Sur vivimos la Navidad en tiempo de calor y en medio del ajetreo de fin de año. Si bien en el calendario litúrgico, pensado en el hemisferio norte, Navidad significa el comienzo del año, en nuestra parte del mundo, en la práctica, lo cierra. Después comenzarán las vacaciones, y el verdadero comienzo del año intenso de trabajo, para los afortunados que lo tienen será en marzo, con el tiempo de Cuaresma.

Aunque quedemos al revés, en realidad nuestro calendario es más cercano al modo en que se construyó la teología cristiana y se escribieron los evangelios. Porque las primeras historias en circular fueron las de la pasión, crucifixión, muerte y resurrección de Jesús, y las últimas los de Navidad. Tanto es así que los cuatro Evangelios canónicos tienen los relatos de la pasión, pero dos de ellos (Marcos y Juan) no pensaron necesario incluir los relatos de la Navidad. Además, desde el punto de vista de la vida cristiana, resulta muy positivo terminar el año con una nota de alegría y esperanza, como la que marca las fiestas navideñas. Por eso elegimos comenzar, en esta oportunidad, con el texto de la Epístola, que señala este sentido del gozo cristiano.

Estudio Exegético

Esta porción de la carta de Pablo a los hermanos y hermanas de Tesalónica es quizás una de las expresiones más gozosas del Apóstol. Porque si bien en casi toda su correspondencia es enfático en señalar el gozo como un atributo de la fe, y exhortar a vivir en ese gozo (cf. Ro 14:17; Gal 5:22; 2 Co 1:24, y más de 40 ocasiones en la literatura paulina), él mismo suena más de las veces con un tono preocupado. Pero en esta ocasión se refleja un gran gozo al ser fortalecido por la fe de los hermanos.

Pablo ha realizado su tarea evangelizadora en Tesalónica por un tiempo que va de dos a tres meses. Ha logrado cierto éxito y se formó una incipiente comunidad. Pero entró en conflicto con las autoridades y debió salir apresurado y en oculto (Hch 17:1-10). Ahora, luego de unos meses sin noticias, se pregunta angustiado qué habrá pasado con aquellos hermanos, y decide enviar a Timoteo a averiguar. Timoteo regresa con la buena noticia de que a pesar de persecuciones y dificultades esa comunidad se mantiene firme en la fe (1Ts 3:1-8) y hasta ha llegado a ser ejemplo en la tarea evangelizadora en otras congregaciones de la región y aún más allá (1Ts 1:3-

8). Esto lo llena de vida y esperanza a Pablo, y de allí las expresiones de gozo que leemos en el párrafo que nos presenta el leccionario.

El v. 9 señala que esa mutua relación establecida con la Iglesia de Tesalónica se completa por la relación con Dios. En cambio de agradecer a los propios tesalonicenses por lo que su firmeza significa, le agradece a Dios. Se da un llamativo contraste: a la tribulación sufrida corresponde el gozo, la fe, la alegría ante Dios. Pablo expresa así el sentimiento profundo de un gozo que no es individual, sino la bendición de la comunidad, que ha les permitido mantenerse unidos en el testimonio y el amor a pesar de las dificultades y distancia. Así, el v. 10 reabre el sentido de las relaciones entre Pablo y los tesalonicenses. La relación sigue viva y Pablo le pide a Dios "desmedidamente" ver el rostro de sus hermanos. Ese encuentro suplirá "lo que falta" en su fe.

El v. 11 abre el tramo final de esta primera parte de la epístola. La relación de Pablo con la comunidad de Tesalónica toma dos caminos: uno es el deseo del encuentro inmediato –Dios dirija mis pasos hacia Ustedes (recordemos que de momento Pablo no puede ser visto en la ciudad de Tesalónica). Más adelante esa oración le será cumplida, según el relato del libro de Hechos (Hch 20:1-3). Pero hay un segundo deseo, que es el encuentro que los reunirá en la "venida de nuestro Señor Jesucristo con todos sus santos" (v. 13).

En estos versos el texto toma la forma de una oración de intercesión. La posibilidad de completar ese encuentro que Pablo espera en el plano humano se remite a la intervención divina. Con haber establecido la comunidad y con mantener el vínculo vivo no alcanza. Es un paso primero que sólo alcanzará su perfeccionamiento con la intervención divina. Tanto en la realización histórica cotidiana (allanar el regreso de Pablo) como en la etapa final de la instalación definitiva del Reino de Jesús, la intervención divina es necesaria.

Mientras tanto sigue siendo esencial "abundar en amor unos con otros". Ese amor, sin embargo, conoce una nueva ampliación. En 12 se plantea que el amor entre ellos debe extenderse en amor a todos. Este amor nunca es un simple sentimiento o emoción, sino que es una actividad de servicio dirigida a los demás. La expresión "el amor hacia todos" completa la expresión del amor mutuo en la vida interior de la propia comunidad. Si bien Pablo marca una diferencia de los creyentes con el resto de la humanidad, tanto gentil como judía, por que ellos tienen fe, ello no quita la responsabilidad de la extensión del don del amor hacia todos. Por el contrario, la comunidad cristiana es impulsada a establecer esta relación de amor con el conjunto de la humanidad, por que es una comunidad inclusiva, misionera. Pablo experimenta y espera el rechazo de su sociedad hacia el mensaje cristiano, pero no postula una respuesta igualmente agresiva. Su estrategia, por el contrario, busca salvaguardar una ética de entrega aún en la persecución.

Este tema del amor mutuo, de la relación con el conjunto social (que toma como ejemplo el propio amor de Pablo, que compartió con ellos el Evangelio cuando aún eran paganos) introduce la parte exhortativa de la carta, que comienza en el capítulo 4. La otra gran temática, la presencia gloriosa (*parousía*) de Jesús, es también introducida en este párrafo, y en ella encuentra sentido la ética paulina. Es más, se puede decir que Pablo señala expresamente que la finalidad de su instrucción es justamente afirmar, "conducir sin mancha y en santidad delante de Dios en la *parousía* de Jesús" a sus hermanos de Tesalónica.

Sin duda toda la enseñanza paulina en esta carta está organizada en torno del elemento de la venida del Señor. Pablo señala como la Iglesia de Tesalónica ha crecido desde la aceptación del Evangelio, pasando por la historia de la construcción de la comunidad, del riesgo que esta construcción sufre, de la actualidad de mutualidad que hoy vive, y se proyecta como futuro glorioso por la presencia final de su Señor.

Sugerencias homiléticas

El advenimiento es tiempo de gozo. Y aplicando las enseñanzas de este trozo de la epístola de Pablo a la Iglesia de Tesalónica podemos señalar algunas características de este gozo cristiano:

- Es el gozo de la fe. Es saberse amado, rescatado y escuchado por nuestro Dios. Es descubrir la presencia de un Dios que nos da lo necesario para la vida (aunque luego algunos se apropien injustamente de lo que fue entregado para todos), que se nos hace hermanos y hermanas en el nacimiento de Jesús, que escucha las oraciones. Esa fe que sostiene en momentos de dolor, crisis o persecución, pero que hace que nuestros esfuerzos no sean en vano, cuando son hechos en él.
- Es el gozo de la vida comunitaria. Como Pablo, el gozo de saberse querido por los hermanos y hermanas (aunque a veces fallamos, y mucho, en este punto). Dios nos permite romper el aislamiento, conformar comunidades, encontrarnos, con nuestras personalidades y orígenes diferentes, en medio del pueblo que Dios convoca en Cristo y al que nutre con su Santo Espíritu. Nunca es tan apreciado el gozo de la comunidad cristiana como cuando hay que vivirlo en medio de tribulaciones y dificultades. Allí descubrimos el consuelo de la fe, el gozo de ver el rostro amigo, la persona cercana en el amor de Cristo, y somos impulsados a sostenernos mutuamente. Si no tenemos este gozo, algo anda fallando en nuestra comunidad de fe.
- Es el gozo del servicio. Navidad es la época en que abundan los discursos del “amor universal”, aparecen las colectas de “un juguete para los niños pobres” y otras muestras ocasionales de lo que debe ser una actitud permanente. Esta bien que esto ocurra, lo que no es tan bueno es que pasada la Navidad este “gozo del servicio” se transforme en el egoísmo de comunidades volcadas sobre si mismas, ignorantes de los hechos y problemas más profundos que generan injusticia y mantienen a muchos en el dolor y la miseria. Hay un gozo permanente en participar de la búsqueda de relaciones humanas más justas, recíprocas, como expresión del “amor hacia todos y todas”.
- Es el gozo de la presencia de Cristo. Si bien la carta destaca principalmente esa presencia en la visita (otro significado de la palabra *parousia*) de Cristo en Gloria en el final de los tiempos, no menos gozoso es saber de aquella humilde visita que comenzó en el pesebre de Belén y de la permanente visita y presencia de Cristo en nuestras vidas.
- Es el gozo de la esperanza. Es saber que Dios no ha abandonado su obra, no ha olvidado a esta humanidad rebelde, y sigue llamándonos a una nueva vida, a participar del gozo de la salvación, y a mantener viva la esperanza que abre su amor, la redención plena y final de toda su creación.